



UNO DE LOS VENCIDOS

Por J. ANDRÉS MARTÍNEZ

La muerte, el destierro o la fuga fueron haciendo desaparecer a todos los agermanados de alguna cuantía, y los gremios de Valencia y en general todas las clases de menestrales y artesanos y todos los que se llamaban plebeyos, fueron objeto de una activa persecución, sufrieron la triste suerte de los vencidos y fueron recargados de gravísimos impuestos.

LAPUENTE.

ASCENDIA pesadamente la suave pendiente, arrastrando las piernas enredadas en los cañaverales, dejando tras sí el brazal de acoquia cuyas aguas se perdían en un suave y casi imperceptible murmullo, ahuecando con la mano derecha el cincho, fuertemente apretado contra el abdomen, sintiendo remansarse la sangre en su garganta, en un vahido espeso y profundo, amargo y angustioso, que le trastornaba, meciéndole en el cada vez más desfallecido girar de la huerta, donde su mirada, perdida, no encontraba una línea de con-

tinuidad ante aquellos planos, superpuestos en sus ojos, que llegaban a borrar de ellos el relieve y la profundidad del espacio. Había dejado tras de sí el camino, no mayor en su parte más ancha al eje de un carro, y entreveía ahora, a lo lejos, en un claro reflejo de luna, en una velada visión, el tejado a dos vertientes, excesivamente levantado, de la barraca. Difícilmente podía convencerse de la necesidad de alcanzarla, agotado hasta el postrer esfuerzo, agotado y sin fuerzas para seguir luchando, para continuar huyendo. Porque la barraca era el fin de su viaje, el término de la huida: aquel cerco ex-

tendido tras la batalla, cada vez más cerrado, oprimente, enervante; aquel cerco a punto de romperse cuando su impotencia le desplomaba, abandonada para siempre, al límite, precisamente, del viaje... Se doblaba lentamente sobre las lanceoladas hojas prematuramente florecidas. Intentó arrastrarse a través de ellas y quedó tendido ante el pequeño promontorio, que separaba el nivel del camino con la barraca, mientras los hilachos de agua que discurrían bajo sus pies, se mezcaban tenuemente en sus oídos. Cerraba los ojos: giraban vertiginosamente, descohesionadas, sin hilación, las imágenes que le retrotrajeron a pasadas escenas, escenas muertas, desprovistas ya de significado, escenas perdidas en el confín de su memoria y que formaban la frontera entre un pasado, desvanecido, apenas recordado, y el presente, último rescoldo de su existencia, que estaba —lo sabía, lo sabía y aceptaba aun sin necesidad de recordarlo, de arrancar una queja, un grito de dolor o rebeldía, un último amago de lucha para intentar evadirlo— desvaneciéndose.

La huida, dos días después de la batalla, comenzó en Valencia; herido y derrotado, muerto aún, arrastrándose torpe y perezosamente por los caminos, sin vínculos que le unieran a una mujer, a

unos padres, a unos compañeros; perdidos los compañeros, muertos los padres, desaparecida, arrebatada violentamente la mujer, leyó el bando del Marqués de Zenete, la rúbrica que despojaba al vencido de su última posibilidad, las palabras que le arrojaban en forzado exilio fuera de la ciudad, imposibilitándolo para obtener en ella cualquier tipo de albergue, erradicándolo en un único anhelo de descanso, quizá paz, descanso y paz para el cuerpo que ha perdido la esperanza, que ha sido traicionado —una vez más— en su ansia de justicia: uno más entre los hombres heridos, derrotados, esparcidos por los campos, errantes en busca de algo quizá inalcanzable, tratando de escapar al cada vez más cerrado círculo en que su propia derrota les envolvía y que suponía para todos ellos, los infortunados hombres escapados con vida de los campos de batalla, la lenta, agónica, despiadada muerte... Cuando la batalla quedaba lejos, y los motivos de la batalla eran pasados, y la opresión, la fuerza del poder organizado triunfaba una vez más sobre la rebelde, anárquica sacudida de las oprimidas gentes; cuando las imágenes de la lucha en la que él fue un hombre más entre los hombres que la dieron, uno de aquellos muertos prontamente olvidada-

dos, se transformaban en simple enumeración de datos, de cifras, quizá de recuerdo para alguno de los elegidos por la historia, la historia —no la suya, no la historia de su vida, no la historia de su dolor, del antiguo dolor de los hombres— que escribe en letras mayúsculas nombres de gloriosos generales y heroicas hazañas, decía, diría en el devenir de los años, en impersonal, anónima, global enumeración de sucesos:

El 18 de julio de 1521, en los llanos de Almenara y cerca de la localidad de Murviedro, se encontraron los ejércitos del duque de Segorbe, compuesto por mil cristianos, dos mil moriscos y doscientos caballeros, con los agermanados de Valencia, dirigidos por Jaime Ros, a los que en última instancia se unieron los rebeldes de Murviedro, y que formaba un total de ocho mil hombres más ochenta mujeres. Dio comienzo el combate a las once de la mañana: tras implorar el fervor y la ayuda de Dios en profundo e impresionante silencio, los leales, mejor organizados que sus contrarios, desbarataron las acometidas de la caballería agermanada, dejando paso a que un granado fuego se cruzara entre uno y otro campo. Pronto se llegó al cuerpo a cuerpo y las incursiones de los caballeros nobiliarios entre las líneas de retaguardia rebelde, produjeron una extraordinaria confusión a la par que crecidísima mortandad, poniendo en fuga, hacia Murviedro, a los restantes. Algunos caballeros y hasta cien soldados, dejaron la vida en la victoria, pero el campo se llenó de los cadáveres de los agermanados que perdieron en aquella fecha más de dos mil quinientos hombres...

Había abierto los ojos, y nuevamente puesto en pie, avanzaba, tambaleándose, hacia la barraca. Llevaba la cabeza doblada verticalmente, apoyada en el cabecón de la camisa, húmedo aún por la sangre vertida minutos atrás. La barjuleta de que se proveyera en Valencia, concluyó por resbalar de su hombro hasta rodar por el promontorio. No hizo un solo movimiento para volverse en su busca. Arrastrándose, jadeante, llegó hasta el horno de cocer pan, hecho de barro y paja enjabelgada, que destacaba su forma semiesférica en la dulce claridad de la noche. Dióle la vuelta agarrándose a su cóncava pared, hasta llegar al pozo en cuyo brocal descansaba un cubo, y avanzando en línea recta hacia la sombra que se mecía ante sus ojos, llegó a la fachada de la barraca. Resbalaban sus manos por el adobe de los muros, mientras se esforzaba en tenerse en pie y llegar hasta la puerta. Descansó del esfuerzo. Seguían sus manos perdiendo altura, las rodillas se quebraban. Tocaba ya la adintelada puerta que se revolvía violentamente en sus ojos, girando confusamente ante ellos, desaparecidas las sensaciones de tacto y visión... Y ahora, no estaba a la sombra de la barraca: salía corriendo de la calle Bosería, internándose por la de la Carda en extraña y precipitada fuga, zafándose del encuentro de los carderos que le perseguían, acosándolo con sus largas púas de hierro, dirigiéndose hacia la mujer situada al otro extremo de la calle, que le tendía las manos invocándole por su nombre, sola en medio de un intenso resplandor, desnuda, increíblemente blanca, imposibilitada para avanzar, pese a sus denodados esfuerzos, llamándole, gimiéndole, solicitando su ayuda cuando él se esforzaba en huir de aquellas cardas tendidas en torno a su cuerpo, que le oprimían, ahogándole, hiriéndole, impidiéndole gritar, cuando lo que había de decir, sabía las palabras a emplear, unas palabras que estaban aprisionadas en su boca, su boca crispada, abierta al fin, pero muda, di-

ciendo, marcando en inaudibles sonidos aquellas palabras que podían salvarle:

«Soy Juan Gasul, soy el vellutero Gasul, ¿no me conocéis? He venido infinitas veces por vuestras cardas, ¿no me reconocéis? Soy Juan Gasul, dejadme marchar, dejadme marchar, me esperan. ¿Por qué no puedo irme? Me están esperando, ¿no lo comprendéis? Soy Juan Gasul...»; y un coro de risas, hombres y mujeres contemplándole a lo largo y ancho de la calle, contestaban sus no pronunciadas palabras, ahogando sus lágrimas, burlándose de sus inútiles esfuerzos por pronunciar aquellas palabras que él sabía podían salvarle, cuando merced a ellas se integrara entre ellos, era uno de ellos, cuando les expusiera por qué corría a través de su calle, cuando les mostrara a Ana, no la veían, pero estaba allí, muy cerca, llamándole; Ana, su mujer, Ana que no llegó tan siquiera a ser su mujer, arrebatada apenas casarse, al salir de la iglesia, por uno de aquellos nobles a los que ellos mismos odiaban, robada vilmente ante sus propios ojos, impotente para evitarlo y ante los ojos de muchos de ellos, impotentes para evitarlo: sí, él era Juan Gasul, quien había sido despojado no ya del producto de su trabajo, de la hacienda o de la vida, sino de la propia mujer, del amor, el dorado sueño que había rellenado las largas, interminables horas durante las que sus manos se mecían entre la seda, entre la felpa que trabajaba, cuando en ocasiones recibía, como importe de su trabajo, el ladrar de los perros corriendo tras sus talones o la amenaza de una fuerte multa si seguía insistiendo cerca de la justicia; y todo soportado con tal de llegar a gozar de aquella mujer encontrada un día, lejano, cerca de la plaza del Angel y antes de alcanzar la calle de Serranos, donde las aguas desbordadas del río corrían, furiosamente desatadas, en busca de la plaza de Predicadores, salvando su frágil cuerpo de las aguas, el cuerpo de aquella mujer, que al fin accedió a vivir con él, a ser su esposa, y desapareció de su vista, de su brazo, de la vista y el brazo de sus familiares y cofrades en un atroz e imprevisto atropello, aquella mujer que sola, abandonada, requería su presencia; Ana, hacia la que él, Juan Gasul, se encaminaba, ¿cómo no podían comprenderlo, cómo ellos podían traicionarle, dejaban de reconocerle?, a él, al vellutero Juan Gasul, plebeyo al igual que ellos; y las cardas crecían y se multiplicaban, mientras los pies seguían clavados en el suelo y las risas se crispaban en las bocas de aquellos hombres y mujeres de los que discernía sus injurias, hombres y mujeres gritando: a la hoguera con él, es un sodomita, a la hoguera con él, nos ha traído la peste, no le dejéis escapar, hay que quemarle, no le dejéis escapar; y las piernas se agarrotaban, y no podía avanzar, ni hablar, ni defenderse, creciendo las cardas, multiplicándose las cardas, y entre las sutiles púas de hierro, entre los hilos de alambre, resbalaban sus lágrimas cuando ya la fatiga le envolvía, venciendo, cuando ya, caído en el suelo, se abandonaba a aquel espeso velo de sangre que nublaba sus ojos.

Y aunque había alcanzado la puerta, aunque pudo, sujetándose con ambas manos a su única hoja, antes de caer, arañarla, hasta lograr arrancar a sus últimas fuerzas tres golpes, espaciados y débiles, no logró evitar que su cuerpo se derrumbara, lentamente, resbalando hasta quedar tendido horizontalmente en el suelo, ya los ojos cerrados, las manos crispadas, las piernas abiertas en forma de uve. Había muerto.

(Ilustración de F. Alvarez)

AL TERMINO DE UN CONCURSO SIN PRECEDENTES

EN breve termina la publicación de los cuentos seleccionados en el Gran Concurso de Narraciones de TRUNFO, el cual ha batido un record hasta ahora no alcanzado en certámenes de este tipo: a él se han presentado 1.118 originales. Las condiciones del Concurso —un premio de 50.000 pesetas y la excelente remuneración por cada cuento publicado— eran también una novedad, algo que no tenía precedentes de ninguna clase en la vida literaria española. En efecto, los concursos de cuentos —sin duda alguna abundantes y algunos justamente prestigiados— mostraban, sin embargo, un handicap muy grave: de un lado, la escasa —y a veces nula— difusión de las narraciones premiadas y finalistas; de otro, la dotación económica, por lo general muy exigua, lo que colocaba a este género en un nivel inferior con respecto a los demás géneros literarios. Es verdad —sería injusto no reconocerlo— que muchos concursos de cuentos, y alguna que otra colección de libros de cuentos, han significado un esfuerzo titánico por elevar a su debido nivel este género tan particular, tan rico y complejo, y que ha aportado a la historia de la literatura tantas y tan valiosas piezas maestras. (Algo muy importante y capital le faltaría a la literatura, algo importante nos faltaría a todos, si el cuento, como forma expresiva literaria, no existiera.) Al mismo tiempo, algunas revistas y algún periódico han dado cabida a una sección de narraciones, bien de manera esporádica, bien de una manera continuada y regular. Y los que conocemos la vida literaria por dentro, sabemos que esto ha sido muchas veces a contrapelo y a costa de superar innumerables obstáculos y limitaciones.

Claro está que, precisamente porque comencé esos esfuerzos —los cuales han conseguido que la situación del cuento español sea hoy tan diferente de hace diez o quince años—, de ninguna manera podría desearlos, sino todo lo contrario. Pero es preciso reconocer también que hasta ahora, ni por su dotación, ni por sus características de gran difusión de cara a un público lector muy numeroso, existía nada que se pareciera a este Gran Concurso de Narraciones, en el cual han participado no pocos autores noveles, a la vez que ha participado la primera línea de la nueva narrativa española, como muy bien afirmó el ilustre crítico Rafael Vázquez Zamora en «Españas, de Tànger».

Como digo, el plazo de publicación —que hubo de alargarse ante la avalancha de narraciones, interesantes en un número superior a sesenta, que era la cifra señalada en un principio— termina la primera semana, con más de setenta narraciones publicadas. Como se ve, es aproximadamente un cinco por cien del total de originales presentados al Concurso. (Conviene señalar que estos no corresponden a un número igual de autores concurrentes. Como quiera que no ha habido limitación alguna en cuanto al número de originales a presentar, lo frecuente ha sido que se recibiesen en Redacción varios títulos de un mismo autor, e incluso se ha dado el caso de un autor que ha presentado doce narraciones. Calculamos en un cuarenta por cien el número de autores, entre españoles y algunos hispanoamericanos.)

El Comité de Lectura y Selección se las ha tenido que ver con esos 1.118 cuentos. Esta cifra, efectivamente magnífica, da de por sí una idea de la variedad existente. Allí estaban todas las temáticas, todos los estilos, todos los ambientes, todas las tendencias. Había narraciones mal escritas, y otras regularmente escritas y otras —las menos— excepcionalmente escritas. A través de ellas se podían columbrar las preocupaciones más vitales, las líneas de pensamiento, las preferencias literarias de un gran porcentaje de escritores españoles, precisamente en su mayoría escritores noveles o muy poco conocidos.

En general, predominaba una problemática de carácter social. Y dentro de ella, los ambientes rurales resultaban mucho más frecuentes que los ambientes industriales. También, dentro de esa problemática social —que por otra parte era vital y presentada desde muy distintos ángulos de enfoque— estaba presente en una serie de cuentos un ambiente que era el de la alta o media burguesía. Tanto en unos como en otros, los autores solían adoptar una posición decididamente crítica. Es verdad que, desde el punto de vista de la calidad literaria, no todos estos cuentos alcanzaban el nivel mínimo exigible. Algunos resultaban ingenuos, otros estaban torpemente escritos. Pero, en líneas generales, puede decirse que la calidad de estos cuentos era incontestablemente superior a la de los restantes. Había en ellos, sobre todo, un mayor dominio del diálogo y de las situaciones y una más clara disposición para dar a la narración una estructura orgánica y coherente. Todo lo cual —es evidente— va dicho muy a grosso modo, pues —conviene insistir en ello— dentro de este tipo de cuentos, había muchos de escasa calidad, que fueron rechazados por el Comité.

Esta preponderancia del cuento de problemática social ha encontrado su correspondencia, como es lógico, en el total de cuentos publicados, aun cuando el Comité no juzgara con otro patrón de medida que la calidad literaria. En este sentido, es seguro que no pocos lectores se habrán quedado sorprendidos de esa preponderancia de la problemática social en los cuentos publicados. (De algún modo ha existido también esa sorpresa en los miembros del Comité de Lectura, a la vista de los 1.118 originales.) Pero, dado que el Comité —a través de un sistema de votaciones sucesivas— solamente discriminaba sobre valores literarios, este hecho sólo puede dar idea al lector de una cosa: la problemática social es una de las características más definitorias de la nueva narrativa española. Tratar de buscar a esto unas explicaciones —sea de orden estético o de orden más general— es algo que escapa ya a los límites de este comentario. Por lo demás, el lector puede sacar las conclusiones que quiera.

Otro porcentaje, bastante elevado en su cantidad, lo constituían los cuentos que podríamos llamar de contenido psicológico, no social. Estos —a los cuales, y con objeto de dar la mayor variedad posible al Concurso, el Comité prestó una gran atención en el curso de su trabajo— se caracterizaban por una visión muy ingenua del hombre y de la vida, y por unas formas literarias muy simples —en el sentido peyorativo— y arcaicas. Lo cual va dicho, claro es, teniendo en cuenta no pocas y valiosas excepciones.

Finalmente, el porcentaje más nutrido de cuentos estaba constituido por una serie de ellos de contenido muy vario —argumentos erosos, argumentos policíacos, argumentos humanísticos, aunque éstos eran los menos; argumentos sensibleros en general, etc.— y de una calidad literaria muy inferior. Siguiendo nuestras generalizaciones, y con los debidos márgenes para las excepciones, puede decirse que, en conjunto, el nivel literario ha sido muy bajo. Cuentos que, por su contenido —psicológico o social— tenían un evidente interés, resultaban inaceptables desde el punto de vista literario, e incluso —muy frecuentemente— gramatical y sintáctico.

Como último dato, en este panorama rápido y general, hay que añadir el de que se han echado de menos el buen cuento imaginativo y el buen cuento de humor. (Los que había en estos dos terrenos eran, por la común, lamentables.) Sin duda, el lector los habrá echado de menos también, pero es claro que el Comité de Lectura y Selección tenía que elegir sobre el material recibido.

Con todo, creyó que es evidente que estos sesenta y pico de cuentos publicados —algunos elegidos por unanimidad, casi todos por mayoría— responden, no sólo a una selección la más rigurosa y representativa posible, sino también, y a través de sus contenidos y de sus formas, a un índice muy revelador de la narrativa que se hace hoy en España. A través de estas sucesivas entregas semanales, el lector de TRUNFO ha podido tomar un estrecho contacto con esa narrativa, que hasta ahora vivía encamada en revistas especializadas y minoritarias.

F. M.